

de un puñado de artistas durante un crucero

Faulkner antes de Faulkner

William Faulkner
Mosquitos

Traducción de Daniel Gascón

EDICIONES ALFABIA
467 PÁGINAS
23,50 EUROS

ROBERT SALADRIGAS

En 1927 William Faulkner (New Albany, 1897-Oxford, Misipi, 1962) se encontraba en Nueva Orleans. Había viajado a Europa y estado en el ejército sin participar en la guerra y ahora, tras conocer a Sherwood Anderson y relacionarse con la enclenque bohemia urbana, probaba sus armas como narrador de historias y ambicionaba crear un estilo personal que fuera realmente moderno. Había publicado su primera novela, *La paga del soldado* (*Soldier's pay*, 1926), protagonizada por un aviador –el piloto de combate que él no fue–, y escribió la segunda, *Mosquitos* (*Mosquitoes*, 1927), ambos textos de aprendizaje antes de regresar a casa, al Sur, a la pequeña ciudad de

puesta en escena a desnudo y sin disfraz, y una segunda parte consistente en escenas y textos que se representan “tal como se hace en el teatro de la Escuela cada domingo para el público pequinés que procede principalmente de las calles y las escuelas circundantes”.

Así nació *Al borde del agua*, un espectáculo de creación colectiva donde Sommier organiza, cronómetro en mano, los tiempos, recitados, movimientos marciales, danzas y cantos de estos artistas que ponen en juego su gran habilidad como gimnastas, atletas, contorsionistas de circo, especialistas en artes marciales, y depositarios de las esencias de la sastrería y el maquillaje de la ancestral tradición operística pekinesa –una de las más apreciadas de entre las más de 300 variedades que existen–, que mezcla todo lo anterior con música de percusión y cuerda, pantomima y grandes dosis de acrobacia.

Al borde del agua, la tercera creación teatral que Sommier propone a sus amigos chinos, es una adaptación de *La historia del borde del agua*, de Shi Nai-an: posiblemente la novela de caballerías más célebre de la literatura china. Basada en una rebelión acaecida en el siglo XII, cuenta Sommier que “es la historia de 108 pillos que combaten la corrupción del Estado, simbolizada por el gran mariscal Gao, un pequeño golfo de baja extracción social que debió su imparable ascensión a que era un buen futbolista”. La genialidad de este libro es que nos muestra China entre los siglos XII y XIV en sus más pequeños detalles: “Las rutas, las montañas, las fronteras, el pueblo, el barrio, la casa, los burdeles, las tabernas, las cárceles, las fiestas, lo que comen (¿qué festines, incluso de carne humana!), lo que beben (¿qué borracheras!)...”

Pero el gran valor de su puesta en escena es que esta historia de bandidos honorables que cultivan la nobleza y la amistad se vuelve metáfora de otra historia: “la de los estudiantes de la Escuela de la Ópera de Pekín mientras aprenden apasionadamente y en su forma más elevada un oficio sublime en riesgo de desaparición”, añade Sommier. El Tao dándole otra torta al individualismo occidental. Oriente como ejemplo de integración frente a un Occidente disgregado. ¡El ejemplo que Mokba y Bubakar estaban esperando para alejarse del cóctel molotov! Bueno... no tanto. Pero lo que vemos en escena no es un viaje al siglo XII, sino a la China actual, donde los maestros de la Escuela de la Ópera envejecen a la par que los jóvenes alumnos se dispersan por compañías de toda China siguiendo su vocación sin ambi-

Oxford donde había vivido de niño, para descubrir que aquel y no otro era el territorio de su conciencia y sobre él fundar el imaginario condado de Yoknapatawpha y su capital, Jefferson, donde a partir de 1929, con *Sartoris*, *Mientras agonizo* y *Santuario*, creó uno de los imperios míticos más autónomos, complejos y deslumbrantes de la

